

NATHANIEL HAWTHORNE

La Casa de los Siete Tejados



La novela se centra en la vida de los Pyncheons, cuyas generaciones se ven atrapadas por una extraña maldición surgida de la codicia de uno de sus antepasados. Ese deseo vehemente desata la venganza que marcará el porvenir de sus descendientes y los llevará a una permanente pugna con otra familia de Nueva Inglaterra. En dicho lugar, la vieja y lóbrega casa habitada por los Pyncheons figura como testigo de las intrincadas relaciones que se tejen en su interior y guarda los más oscuros secretos de sus integrantes.

Escrita en 1851, *La Casa de los Siete Tejados* narra no sólo una historia de misterio con puritanos y aristócratas decadentes, sino que expone la manera en que los defectos, las flaquezas y las pasiones pasan de un pariente a otro, evidenciando con ello el arraigo que tienen las herencias tanto materiales como espirituales y el tormento que conlleva cargar el peso de la culpa.

PREFACIO

Cuando un autor le da el nombre de «ficción» a su obra, apenas si se hace necesario destacar que lo que reclama para sí es una cierta libertad, tanto de forma como de fondo, que no se hubiese atrevido a asumir de haber confesado que escribiría una «novela». Esta última forma de composición es de suponer que tienda, a través de una muy minuciosa fidelidad, no meramente a lo posible, sino también al probable y ordinario curso de la vida del hombre. La primera, que desde el punto de vista artístico debe ajustarse rígidamente a ciertas leyes, cayendo en pecado imperdonable cada vez que se aparta de la verdad humana, goza de la prerrogativa de presentar la verdad bajo circunstancias que en gran medida pertenecen a la propia elección o invención del autor. Si éste lo cree conveniente puede manejar la atmósfera de su relato de manera de acrecentar la luz o amortiguarla, profundizando y enriqueciendo las sombras de su cuadro. Demostrará su sabiduría, indudablemente, si hace un uso muy moderado de los privilegios aquí establecidos y, sobre todo, si utiliza lo Maravilloso como algo ligero, delicado y de tenue presencia en lugar de tomarlo como una porción de la sustancia real que ofrece en su plato al público. Sin embargo sería aventurado afirmar que comete un crimen literario al no tener en cuenta dicha precaución.

En el presente trabajo el autor se ha comprometido consigo mismo —aunque hasta qué punto lo ha logrado,

afortunadamente no es él quien ha de juzgarlo— a mantenerse sin desviación alguna dentro de estas inmunidades. La razón de que este relato pueda incluirse dentro del género de la ficción radica en su propósito de establecer un vínculo entre un tiempo ya ido y este presente que huye de nosotros. Es una leyenda que se prolonga desde una época ya gris en la distancia hasta la intensa luz de los días actuales, trayendo consigo algo de su legendaria bruma, a la cual el lector puede ya desechar, ya permitirle que flote casi imperceptiblemente en torno de los caracteres o sucesos, para impregnarlos de un efecto pintoresco. La narración ha sido quizá tejida con tan humilde trama como para necesitar de esta ventaja y como para hacer que aquello se torne, a la vez, en algo más difícil de lograr.

Muchos autores hacen hincapié sobre un definido propósito moral hacia el cual apuntan sus obras. Para evitar una laguna en tal sentido el autor se ha proveído de una moral que consiste, sobre todo, en la verdad de que el daño causado por una generación sobrevive a través de las venideras, llegando, luego de perder todas sus ventajas transitorias, a convertirse en una mera e ingobernable injusticia; y se sentiría singularmente recompensado si esta ficción lograra convencer de verdad al género humano —o tan siquiera a un solo hombre— acerca de la locura de volcar una avalancha de oro mal habido o una finca sobre los hombros de una desventurada posteridad que ha de verse mutilada y aplastada por su causa, hasta el momento en que la masa acumulada se desintegre en sus átomos originales. De buena fe, sin embargo, debe declarar que no es lo suficientemente imaginativo como para engañarse a sí mismo alimentando la menor esperanza en tal sentido. Cuando las ficciones enseñan realmente algo o surten algún efecto verdadero, ocurre que es casi siempre a través de un proceso mucho más sutil que el de la acción exterior. El autor ha considerado que no vale la pena por eso cercar inexorablemente su historia con su moral como una barra

de hierro —o más bien de la misma manera que si atravesara a una mariposa con un alfiler—, privándola así de vida y convirtiéndola en algo rígido, desprovisto de gracia y antinatural. Una alta verdad, fina, hábil y bellamente trabajada, refulgiendo a cada paso y coronando el desarrollo final de una obra de ficción, puede indudablemente añadirle una mayor gloria artística, pero no será por eso más cierta y rara vez más evidente en la última página que en la primera.

El lector puede, tal vez, asignarle un escenario real a los sucesos imaginados en esta narración. Si los eventos históricos se lo hubiesen permitido —los cuales, aunque escasos, fueron necesarios para cumplir su plan—, el autor hubiera evitado de buena gana cualquier detalle de tal naturaleza. Sin hablar de otras objeciones, esto expone a la ficción a una inflexible y muy peligrosa especie de criticismo, al hacer que sus criaturas imaginarias entren casi en contacto real con los hechos del momento. No ha sido su intención, sin embargo, describir hábitos locales ni entremeterse en forma alguna con las peculiaridades de una comunidad por la cual siente el debido respeto y una natural veneración. Espera no ser considerado culpable de ofensa, por el hecho de haber trazado un camino que no infringe el derecho privado de nadie y por haberse apropiado de un trozo de tierra que no poseía dueño visible, edificando una casa con materiales desde hace mucho tiempo en uso para construir castillos en el aire. Los personajes del relato —aunque aparezcan como poseyendo una añeja estabilidad y una considerable importancia— son realmente producto del autor o, en todo caso, de su propia elaboración. Sus virtudes no pueden añadir lustre ni sus defectos redundar, en el más remoto grado, en perjuicio de la venerable ciudad de que ellos dicen formar parte. Se sentiría, por lo tanto, satisfecho si —especialmente en el terreno a que alude— el libro fuese leído estrictamente como una ficción, teniendo más que ver con las nubes de lo alto que con ninguna porción del actual suelo del condado de Essex.

Lenox, 27 de enero de 1851.

I

LA ANTIGUA FAMILIA PYNCHÉON

A medio camino, callejuela abajo de una de nuestras ciudades de Nueva Inglaterra, se yergue una rústica casa de madera con siete agudos tejados que enfrentan diversos puntos de la brújula, apiñándose junto a una enorme chimenea ubicada en el centro. La calle se llama Pyncheon Street y la casa es la antigua Pyncheon House. Un olmo de vasta circunferencia plantado frente a su puerta les es familiar a todos los niños de la ciudad bajo el nombre del Olmo de los Pyncheons. En mis ocasionales visitas a la ciudad mencionada muy rara vez dejaba yo de doblar por Pyncheon Street, a fin de poder pasar a la sombra de estas dos antigüedades: el gran olmo y ese edificio batido por la intemperie.

El venerable aspecto de la mansión me ha impresionado siempre como una faz humana, por ostentar las huellas no sólo de las exteriores inclemencias y del sol, sino también de un largo lapso de vida mortal y las correspondientes vicisitudes acaecidas en su interior. De ser todas ellas debidamente narradas darían lugar a un relato de no escaso interés y enseñanza, poseyendo además una cierta y visible unidad que podría casi aparecer como el fruto de una ordenación artística. Pero la historia incluiría una cadena de hechos que se prolongan a través de casi dos centurias, los que narrados con razonable amplitud llenarían un volumen

en folio mucho mayor, o una gran serie en dozavo más numerosa que la que podrían requerir los anales de toda Nueva Inglaterra en idéntico periodo. Se hace, pues, imperativo referir tan sólo en forma breve la mayor parte de las tradiciones de las cuales la vieja casa de los Pyncheons, conocida también bajo el nombre de la Casa de los Siete Tejados, ha sido el tema. Con un breve bosquejo, por lo tanto, de las circunstancias en medio de las cuales fue erigida y una rápida ojeada a su arcaico y ameno exterior ennegrecido bajo la acción constante de los vientos del este —señalando también aquí y allí algún lugar del muro o del tejado verdecido por el musgo—, daremos comienzo a la acción verdadera de nuestro relato, en una época no muy remota de los días actuales. Sin embargo, habrá una referencia al lejano pasado —que involucra a olvidados personajes y eventos, a modalidades, sentires y opiniones, casi o del todo anticuados— que, debidamente transmitida al lector, servirá para ilustrarle respecto a lo mucho de antiguo que hay en los materiales que componen las últimas innovaciones del presente. Así podrá extraerse una ponderable lección de la verdad, tan poco tenida en cuenta, de que los actos de las pasadas generaciones son el germen que puede y ha de dar sus buenos o malos frutos en un tiempo no muy lejano; que juntamente con las semillas de esa cosecha simplemente pasajera que los mortales consideran útil, siembran ellos también y de manera inevitable las bellotas de una más duradera producción susceptible de darle un tinte sombrío a su posteridad.

La Casa de los Siete Tejados, antigua como se nos aparece, no fue, sin embargo, la primera morada erigida por un ser civilizado, en esa misma porción de tierra. Pyncheon Street llevó antes la más modesta denominación de Maule's Lane^[1] de acuerdo con el nombre del primitivo ocupante del lugar, ante la puerta de cuya cabaña hallábase un sendero de vacas. Una fuente natural, de suave y placentero manar —extraño tesoro en medio de la península circunda-

da de agua salobre en que se levantaba la colonia puritana —, indujo desde el principio a Matthew Maule a construir una hirsuta choza de bardas en tal sitio, pese a hallarse bastante alejado del centro de la aldea. Al crecer la ciudad, sin embargo, luego de treinta o cuarenta años, el sitio ocupado por esta rústica cabaña llegó a tornarse altamente deseable a los ojos de un prominente y poderoso personaje que exhibió plausibles títulos para convertirse en su propietario, como así también de una gran porción de tierra adyacente, a través de una lista de concesiones hechas por la Legislatura. El coronel Pyncheon, el reclamante, de acuerdo con lo que nos sugieren cualesquiera de sus características preservadas por el tiempo, se distinguió por una férrea y enérgica voluntad. Matthew Maule, por su parte, aun siendo un oscuro personaje, fue tenaz en la defensa de lo que él consideraba su derecho, y durante varios años protegió con éxito ese acre o dos de tierra que había arrancado de la floresta primitiva, para trocarlo en su huerta y su heredad. Que se sepa, ninguna evidencia escrita de esta disputa se conserva. Nuestro conocimiento del asunto deriva en gran parte de la tradición. Sería por lo tanto osado y quizás injusto aventurar una opinión decisiva sobre el particular, aunque parece al menos haber sido motivo de duda el hecho de si el título del coronel no fue indebidamente extendido, de manera de poder incluir en él las pequeñas parcelas de Matthew Maule. Lo que refuerza grandemente tal sospecha es el hecho de que esta controversia de dos rivales de tan diferente condición —en una época, además, en que, por mucho que se la loe, la influencia personal tenía mucho más peso que actualmente— permaneció durante muchos años indecisa, resolviéndose tan sólo al morir la parte que ocupaba el suelo disputado. La índole de su muerte impresiona también de una manera muy distinta a la mente, en nuestros días, de lo que lo hizo hace un siglo y medio atrás. Fue una muerte que infamó con su horror el humilde nombre del morador de la cabaña, haciendo sentir

casi como un acto religioso el deseo de arrasar con el arado la pequeña superficie de su vivienda, para borrar la memoria de su paso entre los hombres. Al viejo Matthew Maule, en una palabra, se le ejecutó por el crimen de hechicería. Fue uno de los mártires de esta terrible superchería que debiera enseñarnos, aparte de sus otros efectos morales, que las clases dominantes y aquellas que asumen la tarea de dirigir al pueblo se hallan enteramente expuestas a los apasionados yerros que han caracterizado siempre a las más delirantes multitudes. Clérigos, jueces, hombres de Estado —los más sabios, serenos y sagrados personajes de ese entonces— se hallaban en círculo junto a la horca, los más ruidosos en aplaudir los efectos de la matanza y los últimos en confesarse a sí mismos miserablemente engañados. Si alguno de sus procedimientos merece menor condena, puede decirse que fue solamente el de la singular indiscriminación con que persiguieron no solamente al pobre y al anciano, como en las primitivas masacres judiciales, sino al pueblo en todas sus clases: a sus propios iguales, a sus hermanos, a sus esposas. En medio del tumulto producido por tanto despojo humano, no es extraño que un hombre tan insignificante como Maule traspusiera el sendero del martirio en dirección a la colina del tormento, casi perdido entre la multitud de sus compañeros de infortunio. Pero, posteriormente, cuando el frenesí de esta odiosa época hubo pasado, se hizo notar en qué forma bulliciosa uniose el coronel Pyncheon al general clamor que buscaba limpiar la tierra de toda hechicería; como tampoco dejó de murmurarse que hubo una personal acrimonia en el celo que desplegara con el fin de lograr la condena de Matthew Maule. Bien sabido es que la víctima advirtió el encono de una enemistad personal en su perseguidor y que declaró ser condenado a muerte para ser despojado. En el momento de la ejecución —con el dogal al cuello y mientras el coronel Pyncheon dirigía su torva mirada hacia la escena—, Maule se dirigió hacia él desde el patíbulo, lanzándole una

profecía de la cual tanto la historia como la tradición doméstica han conservado todas las palabras. «¡Dios —había dicho el condenado señalándole con el dedo y dirigiendo una terrible mirada hacia el imperturbable rostro de su enemigo—, Dios le ha de dar sangre para beber!».

Después de la muerte del presunto hechicero, su humilde heredad fue fácil presa de las garras del coronel. Cuando llegó a saberse, sin embargo, que su intención era erigir una mansión familiar —espaciosa, pesadamente construida con maderos de roble y calculada como para perdurar a través de muchas generaciones de su posteridad—, sobre el sitio anteriormente ocupado por la choza de troncos de Matthew Maule, hubo mucho meneo de cabeza entre las gentes de la aldea. Sin expresar en absoluto la menor duda respecto a si el tenaz puritano había actuado como un hombre de conciencia e integridad durante los procedimientos que acababan de esbozarse, insinuaron, sin embargo, que estaba por construir su casa sobre una tumba inquieta. Al incluir aquélla la vivienda del ya muerto y enterrado hechicero, ofrecíale al espectro de este último una especie de privilegio para frecuentar sus dependencias y los aposentos hacia los cuales los futuros novios habrían de conducir a sus novias y nacerían los niños que llevaran la sangre de los Pyncheons. El terror y la horrible naturaleza del crimen de Maule, como así también lo despiadado del castigo, habrían de ensombrecer los muros recién enjalbegados, contaminándolos desde el comienzo con el perfume de una vieja y melancólica morada. ¿Por qué, entonces —habiendo tanto suelo en torno suyo sembrado con las vírgenes hojas de la floresta—, por qué el coronel Pyncheon hubo de preferir un lugar ya maldito?

Pero el soldado y magistrado puritano no era hombre de desviarse de su bien planeado propósito, ni por temor al fantasma del brujo, ni por baladíes sentimentalismos de ninguna especie, por plausibles que ellos fuesen. Si se le hubiera hablado de una atmósfera nociva, quizá podría ha-

bérsele conmovido; pero se hallaba listo para enfrentar a cualquier espíritu maligno en su propio terreno. Dotado de un sentido común tan macizo como un conjunto de bloques de granito ensamblados por su rigidez de propósito, como con abrazaderas de hierro, llevó adelante su designio original, probablemente sin imaginar siquiera la menor objeción al mismo. Respecto a cualquier delicadeza o escrúpulos que una más fina sensibilidad podría haberle hecho tener en cuenta, el coronel, como la mayoría de su casta, era impenetrable a ellas. Por lo tanto cavó sus bodegas y echó los profundos cimientos de su mansión sobre el cuadro de tierra que cuarenta años atrás Matthew Maule había limpiado de hojas muertas. Fue en verdad curioso y, como mucha gente pensó, una circunstancia de mal agüero, el hecho de que, poco tiempo después de que los obreros comenzaran su trabajo, el manantial anteriormente citado perdiera completamente su delicioso sabor primitivo. Sea que sus fuentes se vieron perturbadas por la hondura del nuevo sótano o por cualquier otra causa más sutil, lo cierto es que el agua de la «fuente de Maule», como se le siguió llamando, hízose más cruda y salobre. Así la encontramos nosotros ahora y cualquier anciana del vecindario puede certificar que es causa de trastornos intestinales en quienes apagan su sed en ella.

El lector ha de considerar, indudablemente, singular el hecho de que el jefe de carpinteros del nuevo edificio no fuera otro que el mismo hijo del hombre de cuyas muertas garras fue arrebatada la propiedad del suelo. No es improbable que haya sido el mejor artesano de su tiempo; o quizás el coronel consideró conveniente hacer tal cosa o, impelido por un sentimiento superior, trató de hacer a un lado abiertamente toda animosidad contra los descendientes de su vencido antagonista. Tampoco disentiría con el grosero carácter de la época y su punto de vista materialista, que el hijo tratara de ganarse un modesto penique o, más bien, una considerable suma de libras de la bolsa del enemigo

mortal de su padre. De todas maneras, Thomas Maule fue el arquitecto de la Casa de los Siete Tejados, ejecutando su trabajo tan concienzudamente que la armazón de madera ajustada por sus manos permanece aún en pie.

Así fue como se construyó el gran edificio. Familiar como aparece en la memoria del autor —porque ha sido objeto de su curiosidad desde la infancia, tanto por representar lo mejor y lo más imponente de la arquitectura de una época ya lejana, como por haber sido escenario de hechos más henchidos de interés humano, tal vez, que los acaecidos en cualquier gris castillo feudal—, familiar como se presenta en toda su mohosa antigüedad, es quizá por eso que se torna más dificultoso imaginar la forma en que debió acoger por vez primera los rayos del sol. Su estado actual, gravitando a lo largo de una distancia de ciento sesenta años, oscurece inevitablemente el cuadro que quisiéramos de buena gana ofrecer de su apariencia en la mañana en que el magnate puritano invitó a ella a toda la ciudad. Una ceremonia de consagración debía realizarse, tanto festiva como religiosa. Una oración y un discurso a cargo del reverendo mr. Higginson y el fluir de un salmo a través de la garganta colectiva de la comunidad debían tornarse aceptables aun para las más groseras sensibilidades, a través de la cerveza, la sidra, el vino y los licores en copiosa efusión y, según afirman ciertas personas de autoridad, de un buey completo asado o, al menos, de un conjunto de cuartos y solomillos de buey equivalente a ese peso. La carne de un ciervo, cazado a veinte millas de distancia, brindó material para la vasta circunferencia de un pastel. Un bacalao de sesenta libras, atrapado en la bahía, fue disuelto en el grato líquido de un sancocho de pescados. La chimenea del flamante edificio, en suma, desparramando el humo de la cocina, impregnó el aire todo con el olor de las carnes, de las aves y pescados aderezados con odoríferas hierbas y abundantes cebollas. El simple aroma del holgorio, abriéndose

paso hacia las narices de los circunstantes, era a la vez una invitación y un deseo.

Maule's Lane o Pyncheon Street, como era ahora más decorosamente llamada, hallábase cubierta a la hora establecida por una multitud semejante a la de una congregación en camino a la iglesia. Cada uno al irse aproximando elevaba su vista hacia la imponente estructura que asumía desde ese instante un alto rango entre las viviendas de los hombres. Allí se erguía ella, un tanto retirada de la línea de la calle, pero no con modestia, sino orgullosamente. Todo lo que era visible en su exterior se hallaba ornamentado con arcaicas y exquisitas figuras, concebidas a través de una grotesca fantasía gótica y pintadas o grabadas sobre el brillante enlucido compuesto de cal, guijarros y fragmentos de vidrio desparramados por el maderaje de las paredes. Cada uno de los siete tejados apuntaba agudamente al cielo y todo el conjunto presentaba el aspecto de una hermandad de edificios, que aspiraban el aire a través de los respiraderos de una grande y única chimenea. Las numerosas ventanas con sus pequeños cristales de forma romboidal dejaban pasar la luz del sol en el *hall* y la alcoba, pese a que el segundo piso, proyectándose bastante más allá de la base y retirándose a su vez bajo el tercero, arrojaba una triste tiniebla sobre los cuartos de abajo. Labrados globos de madera se hallaban fijos debajo de cada uno de los pisos salientes. Y pequeñas varillas de hierro en espiral embellecían cada una de las siete cimas. Sobre la parte triangular del tejado que enfrentaba la calle, había un reloj de sol colocado esa misma mañana, en el cual el astro seguía todavía marcando el tránsito de la primera hora brillante de una historia destinada a no ser en toda su extensión tan deslumbrante. Todo el contorno estaba cubierto de virutas, astillas, trozos de ripia y ladrillos partidos; esto, unido a la tierra recién removida y en la cual la hierba no había tenido tiempo de crecer, contribuía a darle esa apariencia de cosa

extraña y nueva, propia de una casa que debe hacerse aún un sitio entre los hombres.

La entrada principal, que tenía casi la amplitud de la puerta de una iglesia, hallábase en un ángulo, entre los dos tejados del frente, y se encontraba cubierta por un porche abierto, con bancos en su interior. Por debajo del arco de esta entrada y restregando sus pies sobre el flamante umbral, pasaban ahora los clérigos, los dignatarios, los diáconos y cuanta aristocracia había en la ciudad o el condado. Allí también se agolpaban las clases plebeyas, tan libremente como sus superiores y en mayor número. Pero apenas traspuesta la entrada, sin embargo, se encontraban dos criados que les indicaban a algunos la cocina, introduciendo a otros en los cuartos más lujosos; hospitalarios por igual con todos, pero indagando con mirada escrutadora el alto o bajo linaje de cada cual. Las prendas de terciopelo, sombrías pero suntuosas, las gorgueras y las bandas tiesamente alechugadas, los guantes bordados, las barbas venerables, el aire y el porte trascendiendo autoridad, hacían fácil distinguir al honorable caballero, en esa época, del comerciante de aspecto agitado y del jornalero con su justillo de cuero deslizándose despavorido a través de la casa que quizás había contribuido a edificar.

Una circunstancia desfavorable despertó, sin embargo, un disgusto apenas ocultado en el pecho de unos pocos y puntillosos concurrentes. El fundador de esta imponente mansión —un caballero notable por su equidad y la ponderable cortesía de su conducta— debió indudablemente haber hecho acto de presencia en el *hall* para ofrendarle la primera bienvenida a tanto personaje eminente como los allí reunidos en honor de su solemne festival. Pero seguía manteniéndose invisible. Los más conspicuos de sus invitados no le habían visto aún. Esta demora de parte del coronel Pyncheon se tornó todavía más inexplicable, cuando al aparecer el segundo dignatario de la provincia no se le dispensó una más ceremoniosa recepción. El vicegobernador,